

De Polvo del camino

De tarde en tarde, y sobre todo durante las penosas jornadas de trabajo en estío, se rompe, con enormes perturbaciones, la vida normal, vulgarísima, de “paz reinante”, en muchas ciudades, aldeas y campos. Los hambrientos y los no resignados a la esclavitud blanca y a la expoliación a poco precio del sudor humano, se levantaban airados, y en muchas ocasiones, con las armas en la mano.

Contra ellos carga inexorable la fuerza pública, reduciéndolos a la obediencia y obligándolos, con toda clase de violencias, al silencio. Cesan entonces los gritos subversivos y el ruido atronador de las descargas asesinas. Lo que no se sabe es si cesa el hambre.

Nuestra prensa nada dice, quizás porque a la curiosidad del público, contento con el buen vivir, esas luchas trágicas del campo poco importe. ¡Tristes forzados de la suerte, míseros vencidos de la vida los que, a costa de la sangre y con todos los riesgos de un peligro de muerte, aún se sublevan confiados en la justicia de los hombres!

Cuando surge uno de esos motines por hambre se les esconde el honor de unos breves comentarios, y nada más. Pero, ¿quiénes se hallan al lado de los vencidos, cuando la fuerza armada los reduce al orden? Nadie. Se les abandona al rigor de sus tristes destinos.

Por estos días las huelgas y motines se han sucedido con aterradora frecuencia. Por todos los rincones de España, las gentes se agitan acosadas como lobos carnívoros de las montañas, por el hambre. ¿Y qué se ha hecho? Nada.